

El mal venia de mas lejos. Francisco I, en egecucion del proyecto que habia formado de restablecer el honor de las letras en su reino, atrajo de todas partes los estrangeros, cuyos talentos y conocimientos le exageraban. Lutero, aprovechando una ocasion tan favorable á sus miras, aplaudió este proyecto en una carta muy artificiosa que dirigió al Monarca, y se hizo apoyar por otras del elector de Sajonia que nada le negaba. Protestaba que todos sus pasos y pensamientos no se encaminaban á otro fin mas que á restituir á la Iglesia el lustre que la habian quitado las relajaciones y abusos visibles: envióle algunos libros suyos de aquellos que se apartaban menos de la piedad, é hizo partir al mismo tiempo para Francia á muchos de sus discípulos, escogidos de acuerdo con Melanchton, entre aquellos que se aventajaban principalmente en la literatura, en el conocimiento de las lenguas y en el arte de la dialéctica ó de la disputa. Zuinglio, por su parte, no dejó de hacer las mismas tentativas en favor de su partido, llegó á tener la audacia de dedicar al Rey su libro pernicioso de la verdadera y falsa religion. El punto de reunion de estos diversos emisarios, poco conformes entre sí, pero siempre de acuerdo para dañar á la Iglesia, era Strasbourg, donde habitaban Capiton y el apóstata Martin Bucero, ex-fraile predicador, y entonces dogmatizador equívoco, medio zuingliano y medio luterano. Este hábil camaleon, que no solamente tomaba el color de los objetos que le rodeaban, sino que sabia comunicarle á todo lo que se le acercaba, manejó de tal

manera el espíritu de sus huéspedes, que para no arruinarse unos á otros con la diversidad de sus dogmas, se hicieron luteranos-zuinglianos, manteniéndose sin embargo ocultos con mucho artificio bajo la apariencia y el nombre de católicos.

Así penetró en muy poco tiempo el veneno de las novedades estrangeras en el seno de la mas pura y de la mas ilustre de las universidades cristianas, de donde se estendió sucesivamente á muchos paises del reino. Estos estrangeros, á la sombra del griego y de un poco de hebreo, pasaron por prodigios de doctrina, tomaron el tono de oráculos, interpretaron de un modo enteramente desconocido el antiguo y el nuevo Testamento: dábanle estudiosamente el sentido favorable á sus errores, y le traducian conforme al testo griego ó hebraico, que tenian continuamente en la boca, en lugar de la Vulgata que afectaban despreciar. Insinuáronse con todas las gentes de primera calidad, las cuales, á imitacion del Príncipe, hacian sumo aprecio de los sábios, y particularmente de la belleza del estilo y del lenguaje, de la correccion, de la elegancia, y de todos los adornos de la diction, en que en todos tiempos ha procurado aventajarse la heregía maligna. Sin embargo, la facultad de teología, animada del celo que siempre la ha distinguido contra las novedades sospechosas, envió desde luego una diputacion al Monarca para hacerle entender el grave peligro que corria de que los gramáticos venidos de un pais inficionado de la heregía, introdujesen el contagio en el reino entrometiéndose á explicar

que la regularidad, la frugalidad y la modestia (1). Fue sepultado con este epitafio: Aquí yace Adriano VI, que miró el mandar como la mayor de sus desgracias. Hizo un solo cardenal durante su Pontificado, y no quiso condescender en esto con la costumbre hasta que se vió en el lecho de la muerte. Siendo profesor de teología en Lovaina, sostuvo en una obra dada al público que el Papa no es infalible, y que puede errar aun en las cuestiones que pertenecen á la fe, y la hizo reimprimir siendo Papa, sin mudar en ella cosa alguna. El cardenal Julio Médicis fue elegido para su sucesor el dia 19 de Noviembre de 1523, y tomó el nombre de Clemente VII, sin contar al Papa de Aviñon que se llamó tambien así, y á quien tenian en Roma por Antípapa.

16. Muy ocupado con sus proyectos y sus futuras conquistas Francisco I, que solo enviaba sus generales á los peligros á que no podia acudir en persona, no vaciló un instante en marchar para la Italia. Mas sea cual fuese su ardor, la desercion del condestable Borbon en favor de los enemigos de su patria y de su familia augusta, forzó al Monarca á retroceder recelándose alguna trama en su ausencia. Su desgraciado y condescendiente servidor el almirante de Bonnivet, quedó con el mando del egército. Hizo al principio progresos considerables, pues fuéron proporcionados á la imprudencia incomprensible de la empresa: los enemigos se habian descuidado en fortificar las plazas del Milanésado, no imaginándose que un Príncipe

(1) *Guicchi. l. 15. = Onuph. Ciacon. Paul Jov.*

rodeado de salteadores en su casa, pensase en llevar la guerra á regiones distantes. Sin embargo, se reunieron de todas partes, y en número capaz de impedir á Bonnivet el sostener por mas tiempo la campaña: fuéronle cerrando poco á poco y con tanta perseverancia, que se vió en fin como sitiado en su campo. Precisado á abandonarle por temor del hambre, despues de algunas marchas ocultas que le salieron muy bien, alcanzaron en fin los confederados la retaguardia donde se hallaba, y habiéndole pasado el brazo una bala de fusil en la primera descarga, confió el mando del egército al caballero Bayardo, como al oficial mas digno en su concepto.

17. Pedro de Terrail, tan famoso bajo el nombre del caballero Bayardo, llamado así por una posesion perteneciente á su familia, se educó en las armas desde la edad de diez y siete años, y murió colmado de gloria á los cuarenta y ocho. Si la corte no le confirió nunca las funciones de general en gefe, no debe atribuirse mas que al carácter de este hombre grande, todo ocupado en merecer los honores sin solicitarlos nunca. En los mandos particulares que se le confiaron, mostró constantemente una intrepidez, una firmeza de valor, una sabiduría y superioridad de talento que elevó á este ilustre subalterno sobre los gefes mas condecorados. Su noble franqueza, su conocida probidad, su liberalidad, tanta bondad de corazon que se olvidaba á sí mismo para hacer bien á todos, oficiales y soldados, amigos y enemigos, realzaron el esplendor de su gloria consagrada eternamente en la

memoria de los franceses, aun de los menos dignos de sus padres. Aunque este caballero irrepreensible no fue un cristiano sin defectos, y aunque tuvo algunas flaquezas demasiado comunes á las gentes de su clase, se preservó de la mayor parte de sus vicios, é hizo admirar constantemente en su persona unas virtudes verdaderamente cristianas.

Nunca juró, no obstante lo acreditada que anduvo en su tiempo la costumbre contraria, ni consintió que se jurase en su presencia <sup>(1)</sup>. Sobre este artículo parecia olvidar la dureza de sus costumbres, y la amabilidad de su natural que le hacia ser buscado de todos. Habiendo sabido un dia que dos pages profanaban el nombre de Dios, les dió una reprension tan fuerte, que otro oficial le dijo que era una cosa de poco momento para tanta severidad. ¿Cómo decís ser poca cosa? replicó Bayardo. No es sino muy grande el tener semejante vicio en tal edad. Respetaba profundamente todo lo que concernia á la religion. Impedia con todo su poder que se profanasen las iglesias, ó se insultase á los clérigos y religiosos. Al comenzar una expedicion, no dejaba jamás de implorar el auxilio del cielo: despues de la victoria, ó se ponía de rodillas en el campo de batalla, ó iba inmediatamente á la iglesia para dar gracias á Dios. En el mismo ardor del combate exhortaba á los enemigos heridos á que se doliesen de sus culpas antes de espirar. Despues de un fuerte y peligroso combate contra un señor español, llamado Alfonso de Sotomayor, á quien

(1) 1. *Vie. de Bayard. fol. 71. et seq.*

derribó en fin de una lanzada; „señor, le dijo en el mismo instante, implorad la gracia de vuestro Dios, vuestro Criador y Redentor, y pedid misericordia de vuestros pecados <sup>(1)</sup>.” Su religion y su bondad de alma se señalaban principalmente para con los pobres; pero sin ostentacion alguna, y aun muchas veces mudando de trage para no ser conocido cuando hacia sus mayores limosnas. Usaba principalmente de este artificio y de toda la estension de su generosidad en favor de aquellos á quienes un nombre ilustre y la miseria ignorada hacian mas sensible la vergüenza de la indigencia.

18. Hasta en sus extravíos hizo algunos de aquellos actos heróicos de caridad, que atraen mas poderosamente la gracia de la conversion, y que son los presagios de una buena muerte. En un momento de debilidad, uno de aquellos viles domésticos que solo están atentos á lisongear y servir á las pasiones de sus amos, le llevó una jóven muy bella y hasta entonces muy virtuosa. Una madre desesperada era la que la entregaba con violencia á este comercio infame, á fin de subvenir á los escesos de la miseria que habian apurado su constancia. Cuando esta víctima desgraciada se vió sola con Bayardo, le hizo conocer por un diluvio de lágrimas su infelicidad y su virtud; conjurándole á que no la obligase á cometer un crimen que aborrecia. Inmediatamente el buen caballero, uniendo casi sus lágrimas á las de la jóven, la

(1) 2. *Vie. de Bayard. p. 393. et seq.*

dijo: no temais, no soy tan perverso que pretenda arrancaros una virtud que tanto apreciáis; y al punto la mandó conducir á casa de una señora parienta suya para que pasase allí la noche, despues de haberla dado una capa para que no la reconociesen en el camino. Al dia siguiente hizo llamar á la madre, y la reprendió su conducta; y queriendo luego precaver la reincidencia, la preguntó qué dote bastaria para casar su hija. Respondióle que se necesitaban para esto seiscientos florines, y que todo su caudal no llegaba á la mitad de esta suma. Bayardo, sacando una bolsa, la dió trescientos escudos diciéndola: ahí teneis doscientos escudos para la dote, que valen seiscientos florines y aun mas. El resto servirá para vestir á la novia. Hizo además otra limosna de cien escudos para las necesidades de la madre; y cuidó con tanto esmero de la egecucion de estas disposiciones, que el matrimonio se celebró al cabo de tres dias.

19. Tocaba ya este héroe cristiano el momento de recibir la recompensa de tantas buenas obras, que solo pueden ser fruto de la gracia, cuando Bonnivet le confirió el honor de mandar, ó mas bien de sacrificarse con gloria por la defensa de la patria. Bayardo le dijo con su franqueza ordinaria, que el mal le parecia irremediable, que iba, sin embargo, á responder del mejor modo posible á su estimacion, y á justificarla, en caso necesario, á espensas de su propia vida. Sostuvo con mucha firmeza los esfuerzos del enemigo, y aun le rechazó tan vivamente que Bonnivet tuvo tiempo de volver á ganar la vanguardia

del egército francés, y de substraerse del resentimiento del condestable de Borbon, su enemigo personal, en cuyas manos temia caer. Resuelto, en fin, el intrépido Bayardo á salvar el egército ó perecer con él, fue herido de muerte de un tiro de arcabúz, que le rompió las vértebras, pero despues de haber reanimado el valor de los franceses, los cuales se retiraron en buen orden, y ganaron las fronteras del reino, perdiendo, no obstante, sus equipages y artillería; lo que miraron como despreciable en comparacion de la pérdida del caballero valiente é irreprehensible como todos le llamaban.

Al sentirse herido de muerte, clamó al Salvador de los hombres, y tomando la guarnicion de la espada para representarse la cruz, la besó devotamente recitando algunos versos del *Miserere* (1). Viéndose en estado de no poder tenerse mas á caballo, se hizo bajar por su escudero: sentóse en tierra reclinado contra un árbol y el rostro vuelto al enemigo. Rodeábanle todavía muchos oficiales que no querían dejarle, pero él los instó á que se preservasen para bien de la patria, y no aumentasen la ventaja del enemigo dejándose hacer prisioneros. Quedó solamente su escudero para asistirle, con quien se confesó á fin de suplir con la humildad la gracia del sacramento que no podia recibir. Derramando este jóven lágrimas cerca de un señor tan justamente amado, se olvidó el héroe de sí mismo para consolarle, diciéndole: „Dios tiene á bien abreviar el curso de mis

(1) 2. Vie. p. 385.

la Escritura santa segun les acomodaba, prevalidos de la habilidad que se atribuian en las lenguas griega y hebraica (1). Preocupado el Rey de su pasion á las ciencias y á los sábios, no obstante su firmeza en la fe de sus padres, tuvo estos clamores por escesivos, y no quiso que se inquietase á los que los causaban, temiendo que los talentos cesasen de concurrir á Francia. Fue necesario nada menos que el escándalo sobrevenido en la ciudad de Meaux, para abrir los ojos á la potestad pública.

14. Entonces el parlamento del reino comenzó con el mayor vigor á dar, así á la religion como al trono, cuyo apoyo era, aquellas pruebas de celo patriótico, y en algun modo apostólico, que le distinguieron constantemente contra las heregias del siglo diez y seis; conducta que dió el tono, no solo á los demás ministros de justicia, sino á los de la misma religion. Apenas llegó á oidos de aquellos piadosos magistrados el rumor de las impiedades cometidas á algunas leguas de la capital, enviaron comisionados á los lugares para hacer informacion exacta contra los autores y cómplices del atentado. Este golpe no esperado fue un rayo para los primeros prosélitos de la heregia, los que renunciando á la gloria de ser tambien sus primeros mártires, huyeron precipitadamente á Alemania. El obispo, que solo tenia contra sí una confianza indiscreta, reconoció su falta, congregó su sínodo, condenó los libros de Lutero, prohibió severamente su lectura, y promulgó los estatutos precisos

(1) *Flur. de Raim. l. 7.*

para mantener en su diócesis las prácticas del culto antiguo. Estas señales de arrepentimiento no detuvieron los procedimientos del parlamento. La corte ordenó que el obispo fuese interrogado por dos consejeros, y á pesar de cuanto pudo hacer para evitar este interrogatorio, le fue preciso sufrirle del modo mas humillante. Es cierto que se justificó del crimen de heregia, á la cual no concedió jamás su proteccion ni afecto. Si su memoria ha quedado infamada, es porque á la integridad de la fe de un obispo, así como al honor de una muger, (si la exactitud de la comparacion puede hacerla admirable) la primera mancha que se imprime es para siempre indeleble.

Para extinguir el veneno en su origen publicó el parlamento otro decreto á fin de quemar los escritos de Lutero, como que contenian una multitud de heregias manifiestas y ya condenadas, prohibiendo á todas las personas de cualquiera estado ó condicion que fuesen retener ó referir sus escritos ó su doctrina. Ordenó que se presentasen en el archivo dentro de tres dias á mas tardar, so pena de confiscacion de bienes y destierro fuera del reino de las personas que los retuviesen. Encargó á todos los jueces y ministros prender, encarcelar, y enviar á manos de los ordinarios, como sospechosos de heregia, á cuantos alegasen la doctrina de Lutero, y conservasen sus libros. Prohibió igualmente defender ó alegar la doctrina contenida en los libros de Melancton, y retener estos mismos libros, so pena de cien marcos de

plata, ó de otra multa todavía mas fuerte segun lo exigiese el caso. Pero como Melancton era mas reservado y menos desacreditado que Lutero, quiso la corte, antes de pasar adelante, oír el juicio de la facultad de teología. Juntáronse, pues, los teólogos, y despues de un maduro exámen pronunciaron que estas obras eran contrarias al sentir de los docteres católicos, á los santos concilios y á la doctrina de la Iglesia universal; llenos de proposiciones cismáticas, heréticas, formalmente condenadas, y mas dañosas todavía que las de Lutero, por los disfraces del autor y la compostura mas artificiosa de su discurso.

Luis Berquin, noble de Artois, á quien las preocupaciones contra los frailes y los teólogos escolásticos habian convertido en fautor de los nuevos evangelistas, fue uno de los primeros objetos de esta justa severidad. Su estado, muy distante de la escuela, no le habia impedido dogmatizar aun por escrito: sus libros fueron censurados por los doctores, y le prendieron y entregaron al ordinario. El Rey avocó el negocio á su consejo, pero únicamente para hacerle juzgar por su cancelario, el cual obligó al acusado á abjurar algunas proposiciones verdaderamente heréticas. Este hombre inquieto y volúble fue en adelante quemado como relapso. Tanta vigilancia en la justicia contuvo por algun tiempo los progresos sensibles del error; mas el contagio introducido ya hasta en las clases menos literatas, hizo sórdamente una infinidad de dogmatizadores de todos los estados.

15. El Rey se hallaba entonces muy ocupado en

sus grandes proyectos sobre la Italia, donde se proponia nada menos que la reconquista del reino de Nápoles y del Milanesado, sin atender á los enemigos innumerables que el temor y la envidia iban á añadir á los que ya tenia (1). En efecto, la mayor parte de los estados de Italia, sin esceptuar los venecianos, antiguos aliados de la Francia, formaron contra él una liga con el Emperador, el que hizo entrar en ella sin dificultad al Papa Adriano, á pesar de su inclinacion á conservar los Príncipes cristianos unidos contra los enemigos de la Religion: borron muy notable en aquellas circunstancias en este Pontífice, que tenia mas probidad que talento, y era poco idóneo para manejar los negocios y los ánimos. Adriano, muy diferente de sus dos predecesores, Julio II y Leon X, en vez de hacer servir los Príncipes á sus designios, sirvió él mismo, sin saberlo, á sus miras ambiciosas, y muchas veces injustas (2). A lo menos olvidó los deberes de Padre comun con los franceses, contra los cuales manifestó mucha parcialidad, y por último les hizo la guerra abiertamente. No pudo ver su resultado, que fue eternamente deplorable para la Francia; pues antes de dos meses de haberse empeñado en ella murió el 24 de Setiembre de 1523, venerado de todos por sus virtudes, y muy aborrecido de los romanos, quienes le reprendian la dureza de carácter, sus ahorros sórdidos y la bajeza de pensamientos; lo que en boca de ellos no significaba mas

(1) *Guich. lib. 13. et 15.* (2) *Dan. Hist. de Fr.*